

## Comentarios al texto de Gabriel Di Meglio

**Raúl O. Fradkin<sup>1</sup>**

Artículo recibido: 30 de mayo de 2017  
Aprobación final: 30 de septiembre de 2017

La obra de Halperin es tan diversa y tan abigarrada que se hace difícil seleccionar qué discutir, así como no repetir lo dicho en otras ocasiones. A ello se suma que Gabriel ha disparado varias cuestiones que resultan bien sugestivas. En consecuencia, más oportuno que confeccionar un catálogo de sus contribuciones más significativas me inclino por subrayar lo que ha conseguido: obligarnos a pensar.

Cuando se vuelve a examinar esa densa saga de textos que Halperin fue ofreciendo entre 1961 y 1992, se advierte que logró innovar porque se apropiaba de una larga tradición y a su manera se inscribió en ella, porque pudo mirar de otro modo la historia argentina, pues al mismo tiempo estaba pensando la latinoamericana y porque no eludió el contrapunto con las formulaciones que imperaban entonces, haciendo suyos tópicos del revisionismo histórico pero ofreciendo interpretaciones tan diferentes de sus cultores como de sus antagonistas.

Apenas se repasa esa saga algunas cuestiones se recortan con nitidez. Primero, una certeza y una convicción: lo que había ocurrido a partir de 1810 era sin lugar a dudas una revolución (Halperin Donghi, 1961). De esta forma, recogía y hacía suya la tradición decimonónica y al mismo tiempo se apartaba de interpretaciones que entonces tenían mucha fuerza en el horizonte historiográfico argentino y latinoamericano. Pero bien mirado, su enfoque de la revolución no era el de un acontecimiento sino –al modo de Sarmiento– el de un largo ciclo histórico. Me interesa subrayarlo porque no ha sido una

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Luján, Argentina.

nota compartida por buena parte de la historiografía posterior, en la cual suele imperar la inclinación a pensar el ciclo revolucionario como circunscripto a la década de 1810.

Pero hay un segundo motivo que torna importante ocuparse de su modo de mirar la revolución. Suele afirmarse que en *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*, publicado en 1985, Halperin postuló que habría sido el derrumbe de la metrópoli en 1808 el que desencadenó las revoluciones de independencia iberoamericanas y que esa idea habría sido retomada y enfatizada por otros autores hasta tornarse una perspectiva interpretativa en buena medida hegemónica (Halperin Donghi, 1985). Sin embargo, mi lectura del enfoque halperiniano es algo diferente: esos lectores tendieron a ver la crisis de 1808 como un acontecimiento súbito e inesperado mientras que para Halperin la crisis del imperio español ya estaba en curso mucho antes de 1808. A su vez, porque esa lectura quiebra la lógica argumentativa del texto: las revoluciones, las crisis monárquicas y sus perdurables legados sólo se tornan comprensibles en el marco del ciclo histórico abierto a mediados del XVIII y que sólo empezaba a definir sus rumbos a mediados del XIX. Pero también porque Halperin no tenía dudas de que el orden que se resquebrajaba era colonial, a diferencia de muchas interpretaciones que han vuelto a circular en años recientes. Ofreció, así, una periodización diferente y es importante subrayarlo porque implica una explicación distinta de la naturaleza y de la dinámica del proceso histórico. Si se acepta este punto, puede concluirse que la influencia de Halperin –al menos en este aspecto– es más limitada de lo que podría parecer a simple vista.

El examen que allí realizó de las vicisitudes de los dos fallidos programas de reforma del orden colonial desplegados en el devenir de ese ciclo histórico nos lleva a la matriz interpretativa desde la cual examinó la actuación de las elites y las clases populares. Así, este libro no puede desgajarse de otros dos que lo precedieron, su *Historia Contemporánea de América Latina*, de 1969, y *Revolución y guerra*, de 1972. Por cierto, fueron tres libros muy distintos pero no por ello dejaron de estar estrechamente emparentados. Y, en los tres algo resulta claro y evidente de inmediato: Halperin parece haber tenido y mantenido la convicción de que la política no podía examinarse como un fenómeno desgajado de sus raíces sociales, como tampoco podía pensarse a los actores políticos sin considerar las fuerzas históricas que los enmarcaban y dentro de las cuales sus

acciones cobraban sentido. En este sentido, también me parece que parte de la historiografía posterior se distanció del enfoque halperiniano más de lo que suele reconocerse, aunque no creo que ello le haya molestado pues él también fue cambiando...

El punto al que quiero llegar es que el examen de su influencia historiográfica puede hacerse mejor si se distingue su influencia personal y la que pueden haber tenido sus propios textos. Mi impresión es que de alguna manera esos textos se autonomizaron aun de la propia prédica de su autor, y su influencia historiográfica fue más polimórfica; y las lecturas y apropiaciones de sus textos fueron extremadamente diversas. Tómese, por ejemplo, un pasaje al que también hizo referencia Gabriel: en *De la revolución de independencia a la confederación rosista* postuló una hipótesis de la que varios nos hemos servido: “Es el alzamiento campesino de 1829, que cambia el destino de la provincia y del país; no el primero ni el último, pero sí el más intenso entre los que en la Argentina protagonizaron poblaciones rurales hartas de guerra” (Halperin Donghi, 1972a: 262-263). Sin embargo, esa hipótesis no sólo echaba nueva luz sobre la crisis de 1829 sino que también contenía una clave interpretativa para intentar un examen y una narración histórica de más largo aliento. Sabemos que Halperin no la retomó y también sabemos que esa hipótesis sólo cobró plena vigencia décadas después, y que sólo hoy en día empezamos a estar en condiciones para intentar ese camino que advirtió pero que no emprendió. Pero hay en torno a ella algo más: no sólo no retomó esa hipótesis, sino que 20 años después se manifestó abiertamente reticente para integrar a su visión de la historia rioplatense todo lo que la historia social rural había avanzado, curiosamente siguiendo en buena medida su inspiración aunque apartándose de varios de sus presupuestos (Halperin Donghi, 1992). Más fiel del enfoque halperiniano fue, en cambio, el seguimiento de los presupuestos que estaban ya esbozados en “La expansión ganadera...” para el desarrollo de muchos estudios posteriores sobre las clases propietarias pampeanas (Halperin Donghi, 1969). Puede postularse, así, que la influencia halperiniana en la historiografía posterior se ramifica en varias direcciones y no tuvo un sentido unívoco.

Pero, ¿cómo explicar ese abandono y esa reticencia? Una respuesta obvia se impone de inmediato: apenas se revisan sus textos sobre el siglo XIX rioplatense se advierte que no eran los campesinos ni el resto de las clases populares los que estaban en el centro de sus

preocupaciones, aunque los lectores que sí se interesaron en ellos pudieron encontrar argumentos e indicios sugestivos para entrar en el espinoso problema de la movilización política de los grupos populares. Por ejemplo, en *Revolución y guerra* el lector puede toparse una taxativa afirmación: sin considerar el accionar de los grupos populares, esa nueva elite política “no habría alcanzado a encumbrarse” (Halperin Donghi, 1972b: 9). Diversos ejemplos análogos podrían citarse en el mismo sentido y ayudan a entender los múltiples y a veces contradictorios usos de Halperin, los cuales fueron posibles porque puede reconocerse una tensión que recorre su narrativa cuando se la lee desde la óptica de las relaciones entre elites y clases populares.

Como señaló Gabriel, las clases populares ocuparon en esa narrativa el lugar del coro griego y aparecen en forma intermitente, difusa y, por momentos, fantasmagórica. Resulta demasiado obvio subrayar que su preocupación primordial estuvo focalizada en las elites, en las tensas e inestables relaciones entre elites letradas, elites políticas y clases propietarias así como en el papel cambiante de los intelectuales en la vida social, la política y el estado. Coincido también en que se trata de la narrativa de una épica y de desencuentros dramáticos. Ese ya era su tema desde 1952, como él mismo lo reconoció a fines de 2014. Pero, aún así, puede ser útil reflexionar sobre el modo en que dio cuenta de ese fenómeno decisivo del siglo XIX rioplatense: es decir, del legado primordial de la experiencia revolucionaria, el protagonismo político de las clases populares.

Me atrevería a decir que su modo de aproximación fue instrumental: esos actores lo son en la narrativa de Halperin en la medida que pueden ser evocados para comprender los dilemas y los temores de las elites. En este sentido, la riqueza de su análisis aparece como tributaria del detallado conocimiento que logró construir acerca de los modos en que los grupos elitistas vivieron la activación política plebeya. Por eso, apelaba a un recurso repetido: en muchos pasajes registró el lugar fantasmal que esa movilización plebeya ocupaba en los imaginarios elitistas. A veces, para juzgarlos como completamente exagerados, como hizo cuando examinó la crisis de 1820 en Buenos Aires. Otras veces, en cambio, para proponer una clave interpretativa de los dilemas de las independencias: así, en el prólogo de *Reforma y disolución de los imperios ibéricos...*, afirmó que la revolución haitiana había sido un eslabón sin el cual “se tornaría ininteligible” la hispanoamericana puesto que se convirtió

“en un fantasma que no dejó de errar por el subcontinente por casi medio siglo” (Halperin Donghi, 1985: 12-13). De la misma manera también en *Revolución y guerra*, un libro que estaba explícitamente dedicado a reconstruir el proceso formativo de una elite política, había dejado otra contundente afirmación: sin prestarle atención al accionar de los grupos populares esa nueva elite “no habría alcanzado a encumbrarse” (Halperin Donghi, 1972: 9).

Los ejemplos podrían multiplicarse pero lo que importa subrayar es que evidencian también una nota de su escritura de la historia: así como Halperin dialogó con el revisionismo histórico y tomó de él varios de los problemas en los que concentró su atención, de modo análogo hizo un uso irónico del marxismo aunque fuera más tributario de ese legado en la selección de problemas relevantes de lo que le ha gustado reconocer. En ese sentido, sus cambiantes versiones acerca de sus lecturas de Gramsci resultan paradigmáticas.

En cualquier caso, lo que me parece decisivo es recuperar el programa historiográfico que contenía esa densa saga de libros y artículos para evitar una lectura sesgada que fragmente lo que estaba estrechamente vinculado. Aquellos textos de comienzos de los setenta eran parte de un programa historiográfico mucho más vasto y abarcador cuya orientación general estaba explicitada en la presentación de la colección de la Historia Argentina que dirigía en la editorial Paidós: el primer deber de los historiadores profesionales, decía, era “practicar un estilo de indagación histórica que esté a la altura de los tiempos”; y para ello se trataba de “utilizar una cultura histórica menos arcaica de lo que todavía suele ser habitual” y que “no se niegue a extraer las conclusiones del hecho de que la historia es – en una de sus dimensiones – ciencia social”.

En este sentido, me parece imprescindible reponer en esa saga un libro, aunque recién fuera publicado en 1982: *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)* (Halperin Donghi, 1982). Quizás haya sido su libro menos leído, pero no era una rareza sino parte integral de la empresa historiográfica que venía desarrollando desde los años sesenta. Como él mismo subrayó en su introducción, fue pensado como parte de un examen general del proceso de formación del estado y, por lo tanto, era complementario de la transformación política examinada en los libros de 1972. A tal punto era así que si en ellos la transformación política era escrutada desde claves sociales para hacerla inteligible,

las preguntas desde las cuales indagó la fiscalidad y las finanzas estatales apuntaban a desentrañar quiénes aportaban los recursos del nuevo estado y a quiénes eran transferidos. Halperin no podía ser más claro: lo que buscaba era “indagar en su aspecto fiscal la relación entre el Estado que surge y la sociedad porteña que le ofrece su base principal” y al hacerlo no pasó por alto los efectos distribucionistas que por momentos tuvo el gasto fiscal con fines militares. Todavía más sugestiva es la explicitación de sus motivaciones: su antigua “curiosidad” por los orígenes del estado moderno abordada en su tesis sobre los moriscos valencianos y su examen de la militarización desatada por las invasiones inglesas. De allí emergía la necesidad de seguir el decurso de una doble relación: la que fue manteniendo el Estado con las clases populares y con las clases propietarias.<sup>2</sup>

No intentaré siquiera rozar sus contribuciones sobre el siglo XX. Pero a fuerza de ser sincero diré que creo que las que resultan más sugestivas y sustantivas fueron aquellas que realizó sobre el ciclo histórico que va entre mediados del XVIII y mediados del XIX. A mí, al menos, sus incursiones en la historia argentina del siglo XX me parecen menos enriquecedoras, menos incluso que las que ofreció sobre el resto de Latinoamérica. ¿Por qué habrá sido así? La respuesta excede a Halperin y hace referencia a una cuestión tan antigua como vigente: ¿por qué aun historiadores de tamaño envergadura afrontan tantas dificultades para examinar el tiempo histórico que les ha tocado vivir? ¿por qué la capacidad demostrada para identificar matices y argumentar con sutileza no logra mantenerse incólume al examinar tiempos más cercanos? Ni siquiera se me ocurre proponer que la respondamos aquí. Pero quizás podríamos preguntarnos hasta qué punto sus aproximaciones a los tiempos que le tocó vivir siguen algunas de las lógicas que ya estaban presentes en sus textos más celebrados y que generan mayor consenso. Su modo de acercarse a la movilización política de las clases populares aquí estaría demostrando todas sus implicancias.

En suma, me atrevo a decir que buena parte del impacto renovador de la contribución halperiniana estuvo en su capacidad para inscribirse y al mismo tiempo reformular la tradición historiográfica nacional. En este sentido, la saga de textos que dio a conocer entre 1961 y 1992 pueden ser leídos, a pesar de sus variaciones y de sus múltiples

---

<sup>2</sup> Otros escritos vinculados a esta problemática fueron Halperin Donghi (1971; 2015; 1978)

direcciones, como un programa integral de largo aliento que en mi lectura giró en torno a un problema central: la crisis hegemónica abierta por la revolución y la dificultosa construcción de lo que el mismo Halperin llamaba “la hegemonía oligárquica”. Ella, por cierto, no podía abordarla sin examinar las relaciones entre elites, estado y clases populares.

Lo expuesto, entonces, es una visión necesariamente parcial y sesgada. Una lectura entre muchas otras posibles. A esta altura diría que hay varios Halperin en nuestra historiografía. Pero si algo han logrado sus libros es lo mejor que un libro puede lograr: nos han hecho pensar. No hace falta estar de acuerdo con Halperin para reconocerlo. Por eso, creo que podemos sí acordar que Halperin ya forma parte de nuestra tradición historiográfica. Si es así, el desafío podría describirse parafraseando a Walter Benjamin: se trata de arrancar la tradición de manos del conformismo. Si lo logramos, estaremos a su altura para homenajearlo.

## Bibliografía

Halperin Donghi, T. (1961). *Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*. Buenos Aires: EUDEBA.

Halperin Donghi, T. (1969). La expansión ganadera de la campaña de Buenos Aires (1810-1852). En Di Tella T. y Halperin Donghi, T., *Los fragmentos del poder*. Buenos Aires: Jorge Álvarez, pp. 21-73.

Halperin Donghi, T. (1971). Gastos militares y economía regional: el Ejército del Norte (1810-1817). En *Desarrollo Económico*, vol. 11, núm. 41.

Halperin Donghi, T. (1972a). *De la revolución de independencia a la confederación rosista*. Buenos Aires: Paidós.

Halperin Donghi, T. (1972b). *Revolución y Guerra*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1972

Halperin Donghi, T. (1978). Bloqueos, emisiones monetarias y precios en el Buenos Aires rosista (1838-1850). En AA.VV., *Historia. Problema y Promesa. Homenaje a J. Basadre*, vol. 2, Lima, pp. 307-341

Halperin Donghi, T. (1982). *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Halperin Donghi, T. (1985). *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*. Madrid: Alianza.

Halperin Donghi, T. (1992). Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930). En *Cuadernos de Historia Regional*, núm. 15, pp.11-46.

Halperin Donghi, T. (2015). Incidencia de los gastos militares en Córdoba y Santa Fe (1820-1852)" [1ª ed. 1973]. En *Cuadernos de Historia. Serie Economía y Sociedad*, núm. 13/14, 2015, pp. 23-32.

## **Comentarios al texto de Gabriel Di Meglio**

### **Resumen**

Comentarios al texto de Gabriel Di Meglio en el que se reflexiona sobre algunos de los rasgos que ha dejado la herencia historiográfica de la obra de Tulio Halperin Donghi.

**Palabras clave:** Sectores populares - Tulio Halperin Donghi - Historiografía argentina - Revolución

### **Comments to Gabriel Di Meglio’s essay**

#### **Abstract**

Critical notes of Gabriel Di Meglio’s essay in which he reflects on some of the features of the Halperin Donghi’s historiographical heritage.

**Keywords:** Popular sectors - Tulio Halperin Donghi - Argentine historiography - Revolution